

Marcovaldo,
o sea Las estaciones en la ciudad

Italo Calvino

Traducción del italiano de
Dulce María Zúñiga

 Siruela

Biblioteca Calvino

Índice

Presentación	9
Italo Calvino	
Primavera	17
I. Setas en la ciudad	
Verano	21
II. De unas vacaciones en banco del parque	
Otoño	29
III. El pichón municipal	
Invierno	33
IV. La ciudad perdida en la nieve	
Primavera	39
V. La cura de las avispas	
Verano	43
VI. Un sábado de sol, arena y sueño	
Otoño	49
VII. La fiambreira	

Invierno	53
VIII. El bosque de la autopista	
Primavera	57
XIX. El aire sano	
Verano	63
X. Un viaje con las vacas	
Otoño	69
XI. El conejo venenoso	
Invierno	79
XII. La parada equivocada	
Primavera	87
XIII. Donde es más azul el río	
Verano	91
XIV. La luna y Gnac	
Otoño	97
XV. La lluvia y las hojas	
Invierno	105
XVI. Marcovaldo en el supermercado	
Primavera	111
XVII. Humo, viento y pompas de jabón	
Verano	119
XVIII. La ciudad entera para él	
Otoño	123
XIX. El jardín de los gatos obstinados	
Invierno	135
XX. Los hijos de Papá Noel	

Presentación

La primera edición de *Marcovaldo, o sea Las estaciones en la ciudad* apareció en noviembre de 1963 en una colección de libros para niños de la editorial Einaudi. En enero de 1966 Calvino publicó de nuevo *Marcovaldo* en una colección de lectura para alumnos de escuela secundaria, agregando al inicio el Prefacio que a continuación se transcribe (se omitieron las últimas cuatro líneas, que se referían específicamente a la edición estudiantil).

Se añadieron en una nota a pie de página algunas frases de Calvino extraídas de una entrevista, que aportan información interesante acerca de la composición de los relatos.

«Este prefacio es un tanto serio y algo tedioso para un libro que no pretende ser así, razón por la cual nuestros lectores pueden perfectamente omitir su lectura (pero si algún profesor quisiera leerlo, encontrará algunas instrucciones de uso)».

El libro *Marcovaldo, o sea Las estaciones en la ciudad* se compone de veinte relatos. Cada uno está dedicado a una estación; el ciclo de las cuatro estaciones se repite cinco veces. Todos los relatos tienen el mismo protagonista, Marcovaldo, y siguen más o menos el mismo esquema.

El volumen fue publicado por primera vez en 1963, en Turín, por Einaudi, con ilustraciones de Sergio Tofano. El prefacio (probablemente escrito por el autor) dice: «En medio de la ciudad de cemento y asfalto, Marcovaldo va en busca de la Naturaleza. Pero ¿aún existe? Lo que él encuentra es una Naturaleza rencorosa, contrahecha, comprometida con la vida artificial. Personaje bufo y melancólico, Marcovaldo protagoniza una serie de fábulas modernas» –y puntualiza más adelante en el mismo prefacio– «apegadas fielmente a una estructura narrativa clásica: la de las historietas ilustradas para niños».

Las características del protagonista están apenas delineadas: es un alma simple, padre de familia numerosa, trabaja como obrero o mozo en una empresa,¹ es la última encarnación de una serie de pobres diablos a la manera de Charlie Chaplin, con una peculiaridad: la de ser un «hombre de la Naturaleza», un «Buen Salvaje» exiliado en la ciudad industrial. Nunca se dice desde dónde había llegado a la ciudad, ni cuál podría ser esa «otra parte» por la que siente nostalgia. Podríamos definirlo como un «inmigrante», aun cuando esta palabra nunca aparece en el texto; pero la definición es tal vez inadecuada porque todos los personajes de los relatos parecen «inmigrantes» en un mundo extraño del que es imposible huir.

La mejor presentación del personaje está en la primera historia: «Este Marcovaldo tenía una vista poco adaptada a la vida de la ciudad: carteles, semáforos, escaparates, rótulos luminosos, anuncios, por más estudiados que estuvieran para llamar la atención, nunca lograban captar su mirada que

¹ «Había empezado a publicar la serie de relatos de Marcovaldo [...] en la tercera página del diario *L'Unità* hacia 1952. Había creado este personaje inspirándome en un almacenista de la editorial donde trabajaba, incluso, una historia, la de las setas, era real; este hombre había encontrado setas en la calle, las comió y se intoxicó. Y después de eso, inventando otras historias del mismo tipo, empecé la serie. Luego escribí otras más largas de las que incluí una decena en el libro *Los cuentos* de 1958. Después, cuando hice el volumen *Marcovaldo*, unos años más tarde, agregué otras diez» («A colloquio con Italo Calvino», edición de Gaetano Rando, en *Queensland Dante Review* 1981 [Brisbane, Australia], abril de 1982, pág. 15).

parecía vagar en la arena del desierto. Mientras que una hoja que se marchitaba en una rama, una pluma que se enganchaba en una teja nunca se le escapaban, no había tábano sobre el lomo de un caballo, boquete que no hiciera la carcoma en una mesa, una piel de higo aplastada en la acera que Marcovaldo no notara y no le llevara a reflexionar, descubriendo los cambios de estación, los deseos de su alma y la miseria de su existencia».

Estas palabras pueden servir de presentación tanto del personaje como de la situación común a todos los relatos, la cual podría resumirse así: Marcovaldo, en medio de la gran ciudad, 1) escudriña el avance de las estaciones a través de eventos atmosféricos y en las mínimas señales de la vida animal o vegetal, 2) sueña con el retorno a un estado natural, 3) sufre inevitablemente una desilusión.

Los relatos se apegan a este esquema a veces de forma muy simple, tal como sucede en las historietas ilustradas (por ejemplo los más breves: «Setas en la ciudad», «El pichón municipal», «La cura de las avispas», etc.), con una viñeta final sorpresiva (de hecho: una sorpresa desagradable, dado que se asemejan a las historietas cómicas «mudas» que sin remedio terminan mal). Algunos otros son pequeños relatos tristes, casi realistas (como «La fiambarrera», «El aire puro», «Un viaje con las vacas»), para llegar a relatos en los que el estado de ánimo y el paisaje son preponderantes (como la soledad del animal en «El conejo venenoso» o el extravío en la niebla en «La parada equivocada»).

Para subrayar el carácter de fábula, los personajes de estas estampas de vida contemporánea –ya sean barrenderos, guardias nocturnos, desempleados, almacenistas–, llevan nombres rimbombantes, medievales, como de héroes de poemas caballerescos, comenzando con el protagonista. Solo los niños tienen nombres tradicionales, tal vez porque únicamente ellos aparecen como son y no como figuras caricaturescas.

La ciudad nunca es nombrada, por ciertos aspectos podría ser Milán, por otros (el río, las colinas) parecería Turín (ciudad donde el autor pasó gran parte de su vida). Esta indeterminación es por supuesto voluntaria, para dar la idea de que no es *una* ciudad, sino *la* ciudad, cualquier metrópoli

industrial, abstracta y típica como abstractas y típicas son las historias que se cuentan.

Aún más indeterminada es la empresa, la compañía donde trabaja Marcovaldo: nunca logramos saber qué se fabrica allí o qué es lo que se vende bajo la misteriosa sigla Sbav, tampoco sabemos qué contienen las cajas que Marcovaldo carga y descarga ocho horas al día. Es *la* empresa, *la* compañía, símbolo de todas las empresas, de todas las compañías, las sociedades anónimas, las marcas de fábrica que reinan sobre las personas y sobre las cosas de nuestro tiempo.

En contraste con la simplicidad casi infantil de la trama de los relatos, el estilo se basa en la alternancia de un tono poético-enrarecido, casi preciosista (al que tienden las frases sobre todo cuando se refieren a sucesos de la naturaleza) y el contrapunto prosaico-irónico cuando se habla de la vida urbana contemporánea, de las pequeñas y grandes miserias de la vida. Podríamos decir incluso que el espíritu del libro está esencialmente en este contrapunto estilístico que está presente hasta en las historias de trama más breve y elemental, concentrado tal vez en la primera frase, que tiene la función de introducir el tema referente a la estación. («El viento, que llega hasta la ciudad desde lejos, trae consigo regalos inesperados, de los que solo unos cuantos espíritus sensibles se percatan, como quienes padecen de fiebre del heno y estornudan por el polen de flores de otras tierras».) En otros relatos por el contrario, aun cuando la trama no es más que la habitual serie de viñetas, cada detalle es un pretexto para introducir un fragmento de estilo muy elaborado (por ejemplo, en «Vacaciones en un banco del parque», el contraste entre los colores de la luna y del semáforo en amarillo). Así llegamos a los relatos cuya prosa corresponde a una invención igualmente elaborada, como la multicolor visión final de «La lluvia y las hojas»; o a un resultado todavía más complejo como el inicio de «El jardín de los gatos obstinados», donde vemos la ciudad de las especulaciones edilicias devorar la «ciudad de los gatos» que era el verdadero espacio vital también para los humanos.

Un trasfondo de melancolía da color al libro del principio al final. Se podría decir que para el autor el esquema de las

historietas cómicas fue solo el punto de partida para desarrollar su propia vena lírica amarga y dolorosa. Pero Marcovaldo, a pesar de todos los reveses que recibe nunca es pesimista, siempre está dispuesto a descubrir en medio del mundo hostil la espiral de un mundo hecho a su medida; no se rinde nunca, está siempre listo para empezar de nuevo. Es cierto que el libro no invita a acomodarse en una actitud de optimismo superficial: el hombre contemporáneo ha perdido la armonía con el ambiente en que vive, y la superación de esta discordancia es una tarea ardua, ya que las esperanzas demasiado fáciles e idílicas terminan siempre en desilusión. Pero la actitud dominante es la obstinación, la negativa a resignarse.

Estamos ahora en condiciones de precisar la posición de este libro con respecto al mundo que nos rodea. ¿Es la nostalgia, el lamento por un idílico mundo perdido? Una lectura con esta clave, compartida por tanta literatura contemporánea que condena la deshumanización de la «civilización industrial» en nombre de la añoranza del pasado es por supuesto la más fácil. Pero si observamos con mayor atención, vemos que la crítica a la «civilización industrial» va a la par de una crítica decisiva al sueño del «paraíso perdido». El idilio «industrial» es juzgado al mismo tiempo que el idilio «campestre»: no solo no es posible un «regreso al pasado» en la historia, sino que ese «pasado» nunca existió, es una ilusión. El amor de Marcovaldo por la naturaleza solo puede nacer en un hombre de ciudad, por eso no podemos saber nada de su proveniencia extraciudadana; este hombre que se siente extraño en la metrópoli es el ciudadano por excelencia.

La lección del libro –si es que se le puede llamar «lección» a una vena didáctica tan discreta, suave, nunca perentoria, siempre abierta a varias alternativas, como la del autor– está en su mirada tan crítica al mundo y ciertas situaciones, pero también tan llena de simpatía por los seres humanos y por toda manifestación de vida.

El libro fue escrito a lo largo de diez años: los primeros relatos son de 1952, los últimos de 1963. La transformación de la realidad social italiana entre estas dos fechas y la correspondiente de la atmósfera literaria acompañan la historia

del libro, aun cuando en él no aparecen alusiones directas a la realidad (excepto en sentido general; como por ejemplo la polémica contra los alimentos adulterados que se traduce en la desventura de «Donde el río es más azul»).

La humanidad angustiada por los problemas elementales de la lucha por la supervivencia había sido el tema del neorrealismo literario y cinematográfico en los años de carestía y tensión de la posguerra. Las historietas de *Marcovaldo* se inician cuando la gran ola neorrealista comienza a debilitarse: los temas que novelas y películas de la posguerra habían ilustrado ampliamente, como la vida de la gente pobre que no sabe qué llevar a la cazuela para comer o cenar, estaban por convertirse en clichés literarios, incluso cuando en la realidad estaban completamente vigentes. El autor escribe sus fábulas modernas de divagación cómico-melancólica al margen del neorrealismo.

Poco a poco la atmosfera del país cambia: a la imagen de la Italia «subdesarrollada» se va superponiendo la de una Italia que está alcanzando, al menos en parte, un nivel de desarrollo tecnológico aceptable con posibilidades de trabajo y consumo como en los países ricos; nace la euforia (y la ilusión) del «milagro económico», del «boom», de la «sociedad opulenta». Los temas literarios también se actualizan: no se denuncia ya la miseria, sino el hecho de que los valores humanos se han convertido en mercancía que se vende y se compra, con el riesgo de perder el sentido de la diferencia entre las cosas y los seres humanos y que todo se valore en términos de producción y consumo. Las fábulas irónico-melancólicas de *Marcovaldo* se sitúan fuera de esa «literatura sociológica». La carrera de Marcovaldo y su familia (siempre con los bolsillos vacíos) por todo el supermercado atestado de mercancía, es la imagen simbólica de esa situación.

Un elemento omnipresente en la vida moderna, como la publicidad, cambia su relación con la familia de Marcovaldo de un cuento a otro. En los inviernos helados de la posguerra, los niños confunden los grandes carteles publicitarios con los árboles de un bosque («El bosque en la autopista»); la competencia entre empresas, cuyo prestigio se basa en colocar

más anuncios luminosos que las demás, provoca que los habitantes de la buhardilla confundan los neones con eventos del cielo nocturno («La luna y Gnac»); y las campañas de muestras gratis para lanzar nuevos detergentes invaden una ciudad entera con espuma iridiscente, que al final se mezcla con las nubes de humo de las chimeneas industriales («Humo, viento y pompas de jabón»).

Publicidad, frenesí del «consumo», relaciones de intereses disfrazadas de «relaciones humanas». ¿En qué se convierte la fiesta de Navidad en un mundo como este? En el último relato del libro, («Los hijos de Papá Noel»), una imaginaria Unión para el incremento de ventas navideñas lanza la campaña del «Regalo destructivo».

Pero en cuanto el relato adquiere un significado y compone una alegoría, el autor se retrae, con su característica actitud elusiva (seguro que los significados verdaderos de una historia son únicamente los que el lector encuentra por sí mismo, reflexionando sobre la obra), y se apresura a recordar que todo ha sido solo un juego. Así, en la conclusión del último relato, con una disolución de imágenes frecuente en los libros del autor, el minucioso dibujo grotesco se revela estar insertado en otro dibujo, con nieve y animales similares a los de los libros para niños para enseguida transformarse en un dibujo abstracto y finalmente en una página en blanco.

¿Libro para niños? ¿Libro para jóvenes? ¿Para adultos? Hemos visto cómo todos estos planos continuamente se entrecruzan. O más bien, ¿es un libro en el que el autor a través de la pantalla de estructuras narrativas simplísimas, expresa su propia relación, perpleja e interrogante, con el mundo? Quizás eso también.

Italo Calvino

Primavera

I. Setas en la ciudad

El viento, que llega hasta la ciudad desde lejos, trae consigo regalos inesperados, de los que solo unos cuantos espíritus sensibles se percatan, como quienes padecen de fiebre del heno y estornudan por el polen de flores de otras tierras.

Un día, quién sabe desde dónde, llegó hasta la franja de tierra de una calle de ciudad una ráfaga de esporas, y se formaron setas. Nadie se dio cuenta excepto el trabajador Marcovaldo, que cada mañana cogía el tranvía precisamente allí.

Este Marcovaldo tenía una mirada poco adaptada a la vida de la ciudad: carteles, semáforos, escaparates, rótulos luminosos, anuncios, por más estudiados que estuvieran para llamar la atención, nunca lograban captar su atención que parecía vagar en la arena del desierto. Mientras que una hoja que se marchitaba en una rama, una pluma que se enganchaba en una teja nunca se le escapaban, no había tábano sobre el lomo de un caballo, boquete que no hiciera la carcoma en una mesa, una piel de higo aplastada en la acera que Marcovaldo no notara y no le llevara a reflexionar, descubriendo los cambios de estación, los deseos de su alma y la miseria de su existencia.

Así, una mañana, esperando el tranvía que le llevaba a la compañía Ssav donde era mozo, notó algo insólito cerca de la parada, en la franja de tierra estéril y seca que separa el arbolado de la calle: en ciertos lugares, al pie de los árboles,

parecían crecer unas protuberancias que aquí y allá se abrían y dejaban aflorar unos redondeados cuerpos subterráneos.

Se agachó para atarse los zapatos y miró mejor, ¡eran setas!, ¡setas de verdad que estaban brotando justo allí, en el corazón de la ciudad! A Marcovaldo le pareció que el mundo gris y mísero que le rodeaba se había vuelto de pronto generoso en riquezas ocultas, y que algo se podía esperar aún de la vida, además del salario mínimo por hora, la gratificación, el subsidio familiar y el plus de carestía de la vida.

En su trabajo estuvo más distraído que de costumbre; pensaba que mientras él estaba allí descargando paquetes y cajas, en la oscuridad de la tierra, las setas que solo él conocía, silenciosa y lentamente, maduraban su pulpa porosa, asimilaban los jugos subterráneos, rompían la costra de los terrones. «Bastaría una noche de lluvia», se dijo, «y ya estarían listas para recoger». Y no veía la hora de compartir su descubrimiento con su mujer y sus seis hijos.

¡Voy a decir algo importante! –anunció durante la escasa cena–. ¡La semana que viene comeremos setas! ¡Una buena fritura! ¡Lo aseguro!

Y a los niños más pequeños, que no sabían qué eran las setas, les explicó con fervor la belleza de las distintas especies, la delicadeza de su sabor y cómo debían cocinarse; tanto que logró despertar el interés de su mujer, Domitila, que hasta ese momento se había mantenido más bien incrédula y distraída.

–¿Y dónde están las setas? –preguntaron los niños–. ¡Dinos dónde crecen!

Con esta pregunta el entusiasmo de Marcovaldo fue frenado por un razonamiento suspicaz: «Supongamos que les explico dónde están, van a buscarlas con su habitual pandilla de mocosos, se corre la voz en el barrio y las setas van a parar a las cacerolas de otros».

Así, el descubrimiento que de pronto le había colmado el corazón de amor universal, ahora se convertía en obsesión por poseer, le cercaba un temor celoso y desconfiado.

–El lugar donde están las setas lo sé yo y nadie más que yo –dijo a los chicos–, y ¡ay si se escapa una palabra!

A la mañana siguiente, Marcovaldo se acercó lleno de apren-

sión a la parada del tranvía. Se inclinó sobre la hierba y con gran alivio vio que las setas habían crecido un poco, no mucho, y aún estaban cubiertas casi por completo con la tierra.

Seguía en esa postura cuando se dio cuenta de que había alguien detrás de él. Se levantó bruscamente y trató de aparentar indiferencia. Se trataba de un barrendero que, apoyado en su escoba, lo estaba mirando. Este barrendero, en cuya jurisdicción se encontraban las setas, era un joven larguirucho y con gafas. Se llamaba Amadigi, y hacía tiempo que a Marcovaldo le resultaba antipático. Tal vez a causa de las gafas con las que escrutaba el asfalto de las calles en busca de cualquier rastro de naturaleza, que enseguida eliminaba a escobazos.

Era sábado, y Marcovaldo pasó su media jornada libre paseando con aire distraído por los alrededores del lugar, acechando desde lejos al barrendero, vigilando las setas y haciendo cálculos del tiempo que faltaba para que crecieran. Durante la noche llovió, igual que los campesinos se espabilan y saltan de alegría al oír las primeras gotas después de meses de sequía, así Marcovaldo, único en toda la ciudad, se levantó, se sentó en la cama y llamó a su familia. «¡Está lloviendo, está lloviendo!», y respiró el olor a tierra mojada y musgo fresco que llegaba de fuera.

Al alba —era domingo—, con los niños y un cesto prestado, corrió de inmediato a los árboles. Allí estaban las setas, firmes sobre sus pies, con sus sombreros elevados sobre la tierra todavía húmeda.

—¡Viva! —gritaron, y se lanzaron a recogerlas.

—¡Papá, mira cuántas lleva aquel señor! —dijo Michelino, y el padre, alzando la cabeza, vio de pie junto a ellos a Amadigli con un cesto lleno de setas bajo el brazo.

—¡Ah!, ¿ustedes también las recogen? —preguntó el barrendero—. ¿Entonces se pueden comer? Yo cogí algunas, pero no sabía si me podía fiar... Más allá, en aquella calle, han crecido unas todavía más grandes. Bueno, ahora que lo sé, voy a avisar a mis parientes que se quedaron allí discutiendo si convenía cortarlas o dejarlas... —Y se alejó a buen paso.

Marcovaldo se quedó sin palabras: setas aún más grandes que no había visto, una cosecha que ni soñada y le era arreba-

tada así, en sus narices. Durante un momento permaneció casi petrificado por la ira, por la rabia, luego –como a veces sucede– el fuego de esas pasiones individuales se transformó en un arranque de generosidad. A aquella hora había mucha gente esperando el tranvía, con paraguas colgados del brazo porque el tiempo continuaba húmedo e inestable.

–¡Eh! ¿Les apetece una sabrosa fritura de setas esta noche? –gritó Marcovaldo a la gente que se agolpaba en la parada–. ¡Han crecido setas aquí en la calle! ¡Todos detrás de mí! ¡Hay para todos! –Y salió tras los pasos de Amadigi, seguido por un montón de gente.

Encontraron setas para todos y, a falta de cestos, las metieron en los paraguas abiertos. Alguien dijo: «¡Sería bonito hacer una comida todos juntos!». Pero en vez de eso, cada cual se llevó sus setas y se fue a su casa.

Pero se volvieron a ver muy pronto, de hecho esa misma noche, en el mismo pasillo del hospital, después del lavado de estómago que los había salvado a todos de la intoxicación: nada grave, porque la cantidad de setas que habían comido era bastante pequeña.

Marcovaldo y Amadigi tenían camas cercanas y se miraban de reojo.